

### CAPITULO III.

## MÉTODO.

(El nuestro.)

Los dos capítulos que vamos á dar sobre el método son de los mas importantes; porque ellos solos bastarán para hacer prejulgar la cuestión. En efecto, á tal método, tal tesis; á tal camino tal término.

Si un método es racional, lógico, verdadero en sus procedimientos, si da luz á la cuestión, si apela al buen juicio, al del mismo adversario, á su razón y á su conciencia; en fin, si pone en juego los principios elementales de toda convicción, de tal manera que prepare la condenacion manifiesta del que se sirva de ellos para apoyar una teoría falsa, se tienen bastantes motivos para creer que la tesis para que se emplea, es verdadera por la misma rectitud que ha presidido al método, y sobre todo por el interés de quien no teme usarlo.

Por el contrario, si un método sale de las vias comunes del raciocinio, si se concede inmunidades y se arroga dispensas; si se atrinchera en el partido que ha tomado y se da por prueba á sí mismo, si pretende imponer por el atrevimiento ó evadirse con insinuaciones; si á pesar de estas licencias se reduce á rehusar abiertamente el juicio de la conciencia y del sentido comun, y á criar por necesitarlo la causa, una moral y una lógica excepcionales, cuya aplicacion en cualquiera otra materia sería tachada de falta de probidad y de sinrazon, puede juzgarse desde luego cuál será la causa que con él se sostiene.

Mas el primero de estos métodos ha sido siempre el del Cristianismo; el segundo es el de M. Renan.

“El Cristianismo, ha dicho Fontenelle, es la única religion que tiene pruebas.” ¡Y qué pruebas! Imponentes, numerosas, variadas, capaces de hacerse sentir por toda clase de espíritus y caracteres, capaces de impresionar á un mismo espíritu en las diferentes disposiciones en que puede encontrarse, sin dejar nunca lugar á una duda legitima. Pruebas colosales, palpables, irrefragables, para quien no quiera cegarse voluntariamente: las profecías, los evangelios, los milagros, la persona de Jesucristo, el establecimiento del Cristianismo, su doctrina, sus frutos, su estabilidad y su perpetuidad invencibles en el milagro permanente y creciente de la Iglesia. E independientemente de estas pruebas fijas y generales, hechas para todos los espíritus de todos los lugares y de todos los tiempos, el Cristianismo se reserva todavía para cada siglo, y para cada evolucion del espíritu humano, pruebas enteramente especiales, que no se aprecian debidamente sino cuando llega

el momento en que se hacen necesarias y en que corresponden de una manera paralela á la tendencia de las necesidades, de las ideas y de las situaciones de la humanidad.

El Cristianismo es un sistema de fe defendido por un aparato de pruebas; la fe está en el centro de un batallon en cuadro y en marcha, que opone por todas partes á la incredulidad los argumentos históricos y de razon que dan una demostracion invencible.

Argumentos de historia y de razon, que sin tomar nada de la fe, vienen á parar en ella partiendo siempre de la razon, probando la divinidad de la institucion por los hechos, los hechos por los testimonios, y los testimonios por la escritura y la tradicion; hechos, testimonios, escritura y tradicion, como son siempre en los que reposa la historia, con la única diferencia de ser incomparablemente mas ciertos, mas verídicos, mas auténticos y garantizados, de manera que no es posible recusarlos sin ver reducirse á polvo todos fundamentos de la credibilidad humana.

En efecto: ¡qué hechos los que han bastado para convertir al mundo! ¡qué testimonios aquellos cuyos autores se dejan degollar! ¡qué escrituras, qué documentos, qué evangelios contra los cuales nada han podido diez y ocho siglos de discusion, y cuya autenticidad es confesada el dia de hoy por la critica mas subversiva! ¡qué tradicion en fin, la que se adapta inmediatamente á los evangelios por todas las iglesias de que ellos han salido y se prolonga hasta nuestros dias en la Iglesia universal.

Convengo en que no se necesitaba menos para determinar á la razon á creer y á creer cosas que por cierto no la contradicen, que aun la arrebatan cuando llega á penetrarlas; pero que le son superiores. Dios se debia á sí mismo y nos debia pruebas que no permitieran á la conciencia ilustrada dudar de su intervencion, para que despues ya no tuviera que hacer otra cosa sino creer á su palabra.

Mas al mismo tiempo que debia hacer esto, no debia amoldarse á las perversas exigencias de una incredulidad sistemática que no apela á las pruebas sino para huir de ellas, y que no busca sino pretextos para no rendirse. Dios no debia dejarse burlar del hombre.

El Cristianismo es pues, eminente y sabiamente convincente, llenando toda la medida de la conviccion humana que no se le sustrae voluntariamente.

Este carácter lo ha distinguido desde su origen. Jesucristo su autor, aun asegurando ser Dios, no pretendia dispensarse de dar las pruebas de su asercion, ni ser solo el testigo de sí mismo: *Si testimonium perhibeo de me ipso, decia testimonium meum non est verum.* [1] Colocando el primero con sus

[1] Joan. c. V. v. 31.

*Testimonium meum non est verum.* Estas palabras no quieren decir que el testimonio de Jesucristo no fuera verdadero en sí mismo, sino que no lo reputarian verdadero los judíos que lo escuchaban, alegando que no es digno de fe el que dá testimonio de sí mismo. Sabia Jesucristo, dice S. Agustin, que era verdadero el testimonio que daba de sí mismo; pero por los flacos y los que no le creían, añadía al suyo otros testimonios. Por esto cito, otros tres testigos: sus obras, su Padre celestial y el Precursor. (Nota de “La Religion y la Sociedad.”)



divinas manos las columnas de la apologética cristiana, apelaba desde luego contra la incredulidad que se agitaba á su derredor, al testimonio de Juan su maravilloso precursor, de tan gran crédito entonces en la Judea: [1] despues al testimonio mayor de su Padre Celestial, por los milagros que podia hacer; (2) al de las escrituras y profecias que lo habian anunciado; (3) al de sus apóstoles que darian testimonio de su trasfiguracion y de su resurreccion y serian los delegados de su potestad en toda la tierra; [4] á la revolucion universal que iba á obrar despues de su muerte, atrayendo al mundo á su cruz; [5] en fin, á la experiencia de su doctrina que testifica su verdad por sus frutos. [6]

Los apóstoles le conservaron al Cristianismo este carácter testimonial y demostrativo á que ya la falsa erudicion de la impiedad intentaba oponer sus quimeras. Decia S. Pedro: "Por que no os hemos hecho conocer la virtud y presencia de Nuestro Señor Jesucristo siguiendo *doctas fábulas, sino despues de haber contemplado con nuestros propios ojos su Majestad. Tenemos ademas, los oráculos de los profetas, á que haceis bien en atender.... porque jamas ha sido dada la profecía por la voluntad humana, sino que los hombres santos de Dios hablaron inspirados por el Espiritu Santo.*" (7) "Lo que fué desde el principio, dice S. Juan, *lo que oimos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que hemos contemplado; lo que tocaron nuestras manos acerca del Verbo de la vida.... esto os anunciamos.*" (8) "Como muchos han emprendido hacer la narracion de las cosas que han pasado entre nosotros, dice S. Lucas, segun nos las han enseñado los que desde el principio las vieron por sí mismos y han sido ministros de la palabra, tambien á mi, que *las he sabido todas diligentemente desde su principio me ha parecido escribirtelas, muy ilustre Teófilo.*" 9] Y S. Pablo tambien anunciaba el Cristianismo como que se apoyaba *sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas que venian á enlazarse en JESUCRISTO, que es la piedra angular sobre que se levanta todo el edificio de la creencia.* (10)

(1) Vos misistis ad Joannem, et testimonium perhibuit veritati (Joan. c. V. v. 33.)

(2) Ego autem habeo testimonium majus Joanne: opera enim quae dedit mihi Pater, ut perficiam ea, ipsa opera quae ego facio testimonium perhibent de me. (Joan. c. V. v. 36.)

(3) Scrutamini Scripturas; et illae sunt quae testimonium perhibent de me. (Joan. c. 5. v. 39.) Si enim crederitis Moysi, crederitis forsitan et mihi: de me enim ille scripsit. (Joan. c. V. v. 46.)

(4) Vos autem testes estis horum. (Luc. 24. v. 28.) Et eritis mihi testes in Jerusalem et in omni Judaea, et Samaria, et usque ad ultimum terrae. (Act. c. 1 v. 8.)

(5) Quando exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum. (Joan. c. 12. v. 32.)

(6) Si quis voluerit voluntatem Patris mei facere, cognoscat de doctrina utrum ex Deo sit, an ego á me ipso loquar. (Joan. c. 7. v. 17.)

[7] S. Pedro. Epist. 2. c. 1. v. 16, 19, 20 y 21. Todo este pasage de S. Pedro se dirige personalmente á M. Renan.

(8) Joan. Epist. 1. c. 1. v. 1, 2, 3.

(9) Luc. c. 1. v. 1, 2, 3.

(10) Ad Ephes. c. 2. v. 20 y 21.

Con este carácter preciso, exacto, afirmativo; con este acento de sinceridad y de rigor histórico y antilegendario, que no se nota menos en S. Mateo y S. Marcos que en S. Júdas y en la admirable epístola de Santiago, se presentan nuestros ocho historiadores ó testigos directos de Jesucristo, formando cuerpo tanto por la misma diversidad, como por la uniformidad de su testimonio, sellándolo con su vida apostólica y con su sangre, y formando como el primer núcleo de la demostracion evangélica.

Desde entonces, creciendo el Cristianismo, no ha cesado de producir de siglo en siglo sus demostraciones, sus apologias, sus testimonios y sus argumentos de todo género, exponiéndolos á todo el fuego de la discusion: y ¡cosa admirable y verdaderamente convincente! mientras que la incredulidad ha renovado mil veces sus armas, no ha logrado debilitar ni una sola de las pruebas mas antiguas de nuestra fé, cuyo conjunto se acrecienta todos los dias con pruebas nuevas que le suministra cada movimiento, cada paso del espíritu humano.

Un incrédulo del último siglo que habia experimentado mas que otro alguno la fuerza invencible, así como el número y la diversidad de las pruebas del Cristianismo, Juan Jacobo Rousseau, exponia y confesaba de esta manera su poderosa economía.

"Teniendo los hombres organizados sus cerebros de una manera tan diversa, no podrian todos ser igualmente afectados por los mismos argumentos, principalmente en materia de fé: uno por el carácter de su espíritu no es impresionado sino por un género de pruebas y el otro por otro género enteramente diverso. Bien podrán algunas veces los hombres convenir en las mismas cosas; pero será muy raro que convengan por las mismas razones.

"Luego cuando Dios da á los hombres una revelacion que todos tienen obligacion de creer, es necesario que la establezca en pruebas acomodadas á todos, y que por lo mismo sean diversas como lo son las maneras de ver de aquellos á quienes deben adaptarse.

"Conforme á este raciocinio que me parece justo y sencillo, se ve que Dios dió á la mision de sus enviados diversos caracteres que la hacian capaz de ser reconocida por todos los hombres grandes y pequeños, prudentes é indiscretos, sábios é ignorantes. Sin duda es feliz el que tiene el cerebro organizado de manera que puede ser afectado á la vez por todos estos caracteres; pero no es digno de compasion el que solo puede ser impresionado por algunos, porque con ellos tiene lo suficiente para ser persuadido.

"El primero, el mas importante, el mas cierto de estos caracteres, se deduce de la naturaleza de la doctrina, es decir, de su utilidad, de su belleza, de su santidad, de su verdad, de su profundidad y de todas las demas cualidades que pueden dar á conocer á los hombres la enseñanza de la suprema Sabiduria y los preceptos de la suprema Bondad. Ese carácter, como he dicho, es el mas claro, el mas infalible y lleva en sí mismo una prueba que dispensa de todas las demas; pero es el menos fácil de hacerse constar, porque para ser sentido, exige estudios, reflexion, conocimientos y discusiones que solo son propios de los hombres prudentes, instruidos y que saben raciocinar.

"El segundo carácter se encuentra en el de los hombres que Dios esco-



gió para anunciar su palabra: su santidad, su veracidad, su justicia, sus costumbres puras y sin tacha, sus virtudes inaccesibles á las pasiones humanas, en union de las cualidades de la inteligencia, la razon, el ingenio, el saber, la prudencia, son otros tantos indicios respetables, cuyo conjunto, cuando en nada se debilitan los unos á los otros, forma una prueba completa en favor de aquellos hombres y hace ver que son mas que hombres. (1) Este es el signo que afecta de preferencia á las personas de rectitud y bondad, que ven la verdad en donde quiera que ven la justicia y no oyen la voz de Dios sino de la boca de la virtud.

“El tercer carácter de los enviados de Dios es una emanacion del poder divino que puede interrumpir y cambiar el curso de la naturaleza á la voluntad de los que reciben esta emanacion. Este carácter es sin contradiccion el mas brillante de los tres, el que impresiona con mas fuerza y el que con mas prontitud salta á los ojos; el que por hacerse notar en un efecto sensible, parece exigir menos el exámen y la discusion: por esto es el que el pueblo comprende especialmente.

“Me detengo aquí, sin investigar si esta enumeracion puede ir mas lejos; esto es inútil á nuestro propósito, porque es claro que cuando se encuentran reunidos todos estos signos, se tiene lo bastante para persuadir á todos los hombres, á los sabios, á los buenos y al pueblo; á todos, con excepcion de los locos, los incapaces de razon y los malvados que no quieren convencerse de nada.” (2)

Tales son nuestras pruebas, tal nuestro método, esencial y eminentemente lógico y racional, que parte siempre de *la razon*, de la razon filosófica, de la razon moral, de la razon histórica, de la razon científica, de la razon social, de la razon práctica; enumeracion que podria llevarse mas lejos, pero cuya indicacion es bastante para demostrar que se adapta á la naturaleza del hombre, pudiendo ser comprendido por todas sus facultades é instintos el modo con que el Cristianismo lo conduce y lo eleva á lo sobrenatural y á la fé.

Confieso que he quedado confundido cuando he leído en M. Havet las siguientes lineas: “El filósofo parte de la razon; el creyente parte de la fé: para el (3) la fé no tiene que presentar sus títulos, sino que á lo mas deberá defenderse de los que se pretenda presentar contra ella.... Para el ortodoxo el Evangelio es sagrado, y en él todo debe presumirse verdadero.... El cree el prodigio que en el Evangelio se refiere, y exige que se crea, y pide que se le demuestre que no se puede creer. Estas demostraciones al revez no son ni pueden ser siempre factibles; pero cuando se hacen, se (4) las elude: se sale de un mal paso con una interpretacion violenta, con una suposicion ó

(1) Tal ha sido Jesucristo: tales han sido por su gracia los Apóstoles, los doctores y los santos; mas que hombres por la virtud divina que hizo de ellos unos héroes, y en consecuencia, los hizo sus testigos. “La señal especial de nuestra veracidad, decia Montaigne, es nuestra virtud.”

(2) Tercera carta de la Montaña.

(3) Para él es anfibológico: M. Havet ha querido decir: para este.

(4) Todos estos se tambien son anfibológicos.

con un artificio, etc. Esta clase de libros pueden satisfacer á un lector que tiene la misma fé que el autor y que no quiere que se le perturbe en ella; pero no á los verdaderos libres pensadores.” (1)

De esta manera juzga M. Havet esta clase de libros (nuestros libros apologeticos) despues de haber mencionado los bellos trabajos de M. Wallon, y de haber declarado que no comparará con ellos el libro de M. Renan, y que si no entra en esta discusion, no es por desprecio á la autoridad de las personas ó á las pruebas que se presentan en estos libros, sino por la imposibilidad de entrar en ella sin aceptar por el mismo hecho una suposicion inaceptable, la de la simple posibilidad de lo sobrenatural.

Aplazamos el exámen de esta última proposicion: solamente la excepcion de no aceptar que de ella deduce M. Havet contra nuestras obras apologeticas, puede explicarnos la causa por qué no las ha leído y la falsa opinion que de ellas ha formado.

En efecto, si las hubiera abierto, habria visto que no son sino demostraciones históricas, criticas ó filosóficas, y siempre exclusivamente racionales del Cristianismo: me bastará apelar al público que lee esta clase de libros contra la preocupacion de M. Havet que no los conoce sino por las pastas, sin que le llame la atencion ni aun siquiera su título, y que no vé en ellos sino interpretaciones violentas, suposiciones, artificios, y sobre todo, lo sobrenatural.

En su excusable error, supuesto que no los ha leído, y en su inexcusable temeridad, supuesto que habla de ellos sin haberlos leído, confunde el método de los creyentes entre sí con el método de los creyentes respecto de los filósofos: estos dos métodos que siempre se han empleado en la sociedad cristiana, jamas se han confundido; (2) solo en nuestros tiempos ha prevalecido de tal manera el método racional, que casi ha desterrado enteramente al método creyente, y la razon y la filosofia han subido hasta los púlpitos y han relegado la fé al altar. ¿Quién no conoce las inmortales conferencias del R. P. Lacordaire, cuyos terribles golpes ha recibido anticipadamente la *Vida de Jesus* de M. Renan en la *Vida de Jesus* del doctor Strauss? Si algo se les puede reprochar, reproche que recae mas bien sobre sus imitaciones, es haber quedado mas acá del movimiento de fé que produjeron y haber dejado al predicador mas filósofo que al auditorio.

Hablo de los predicadores; ¿qué diré de los escritores y de los escritores legos? (3) Permitaseme decir por mi parte, que en cuanto al método filosófico, creo haber justificado el título de *Estudios filosóficos* que he dado á todos mis escritos, aun á los que pide la venia á M. Havet tienen por objeto á la Virgen Maria; y espero probarlo muy pronto por el mismo método.

En todos estos trabajos los apologetas parten siempre de la razon y no

(1) *Revista de los dos Mundos*, pág. 570.

(2) Su distincion aparece en la gran Suma de Santo Tomás, y en su Suma contra los gentiles.

(3) Los escritores eclesiásticos usan del mismo método rigurosamente filosófico para combatir á los que no creen: testigo son los luminosos escritos del Dr. Balmes. (Nota de la “Religion y la Sociedad.”)



arriban á la fé, sino por buenas pruebas lógicamente deducidas. La exposicion, la observacion, la discusion histórica ó filosófica, y la fé brotando al fin, como el fruto maduro de la razon; hé aquí nuestra marcha. No decimos como lo imagina M. Havet: *el libro es sagrado, luego es verdadero*; sino que probamos desde luego que el libro es verdadero y despues añadimos que tiene el carácter de sagrado. (1) Tomamos un texto, ó un hecho, ó un principio, haciendo abstraccion de su carácter ó de sus consecuencias sobrenaturales, y probamos su verdad histórica ó racional como lo hacemos respecto de cualquiera otro hecho y cualquiera otro principio humano. Lo juzgamos todo y no prejuzgamos nada.

“Para el creyente, dice M. Havet, la fé no tiene que producir sus títulos, sino á lo mas tiene que defenderse de los que se pretendieran presentar en contra de ella.” ¿Cómo? ¿Nosotros no presentamos nuestros títulos? ¿Y qué haceis vosotros desde hace diez y ocho siglos? ¿Qué es lo que combatis sino son nuestros títulos, nuestras Escrituras, nuestras profecias, nuestros evangelios, nuestros milagros, la persona de nuestro Divino Fundador, nuestro establecimiento y nuestra historia; títulos inviolables que Voltaire llamaba ingeniosa y justamente *las pruebas de la parte contraria*, y que nosotros no hemos cesado de oponeros y de abrumaros con ellos sin que hayais podido jamas disminuirlos ni en una sola pieza?

“¿La fé á lo mas se defiende de los títulos que se pretendieran presentar contra ella! Me agradan las palabras *se pretendieran presentar*; son modestas y prudentes, y les queda muy bien su carácter condicional. En efecto, falta cierta condicion para que la incredulidad presente sus títulos contra la fé, y es la de que los haya tenido alguna vez. Ya lo he hecho observar, y la consecuencia es decisiva: hasta nuestros dias no solamente jamas ha presentado la incredulidad ningun título que pudiera destruir los nuestros, sino que se ha abstenido de aventurarse á dar la menor explicacion del gran problema histórico cuya clave poseemos nosotros solos. Ha escapado de la esfinge, para la cual hemos quedado nosotros como los únicos Edipos. Solo Renan se aventura hoy en su *Vida de Jesus* á dar una explicacion y los títulos en su apoyo. ¿Y qué títulos son estos? Los nuestros, nada mas que los nuestros. Nuestros evangelios reconocidos ó desnaturalizados; hé aquí vuestros títulos.

Resulta pues, que nuestro método es el gran método racional, que no parte de lo sobrenatural y de la fé, ni aun los supone, pero tampoco se desentiende de ellos, y finalmente, no los admite sino cuando no se les podria rechazar sin desconocer la razon misma.

Mas todo esto se hará mas claro por el exámen del método de nuestros adversarios: ellos van á vengarnos con usura de sus falsas imputaciones.

(1) Téngase presente que va hablando aquí Augusto Nicolás del método que emplea el creyente con el incrédulo, porque á quien reconoce la divinidad de un libro sagrado, no solo siendo él creyente, sino aun cuando sea hereje, puede argüirsele filosóficamente diciéndole: *el libro es sagrado, luego es verdadero*. (Nota de “La Religion y la Sociedad”) Sobre la idea de que la fé es como el fruto de la razon y otras, véase la nota que ponemos á continuacion del capítulo.

### Nota de “La Religion y la Sociedad” sobre el capítulo que precede.

Nos parece conveniente hacer algunas aclaraciones sobre las ideas emitidas por Augusto Nicolás en algunos párrafos del capítulo que antecede. Distingue dos métodos de proponer las verdades católicas: uno propio de los creyentes entre sí, y otro propio de los creyentes respecto de los filósofos. Generalizando esta última idea, diremos que este segundo método es propio del creyente respecto de todo aquel que no tiene la fé católica, sea cual fuere el nombre de la secta á que pertenezca, y que se emplea, bien para defender la fé de los ataques de sus enemigos, bien para atraer á ella á los que no la profesan. Los no creyentes pueden dividirse generalmente en tres clases: unos que admiten los libros sagrados de ambos testamentos, como son los herejes; otros que solo admiten los del antiguo testamento, como los judíos; y otros, en fin, que no admiten ninguna Escritura sagrada, ni cosa alguna de las que han sido reveladas, como son los gentiles y los apóstatas, en los cuales están comprendidos los incrédulos. Esta es la clasificacion mas notable.

Pues bien: si se trata de defender la fé de los ataques de sus enemigos, se tiene á la vista un principio eminentemente filosófico, que es el de atacar al adversario con sus mismas armas, el de deducir los propios argumentos y contestar los contrarios partiendo de los principios reconocidos como verdaderos por el adversario. Haciendo la aplicacion de este principio á los casos particulares, tendremos que al hereje que admite las Escrituras como divinamente inspiradas, se le ataca de una manera muy filosófica con las mismas Escrituras que él reconoce como palabra de Dios: al judío que solo admite los libros sagrados del antiguo testamento, se le combate tambien muy filosóficamente con esos mismos libros que él mira como divinos: á estos se les puede decir: *convenis en que el libro es sagrado; luego convenis en que es verdadero*: al pagano, al apóstata, al incrédulo que nada admiten de la revelacion, se les combate únicamente con la razon que ellos no pueden negar, á no ser que se nieguen á sí mismos; se les demuestra lo absurdo de sus sistemas, se deshacen sus argumentos, y se le dán todas las pruebas históricas y filosóficas del Cristianismo.

Si se trata de inducir á la fé á los que no la tienen; como estos se clasifican de la misma manera que los enemigos de la fé, se usa con ellos del mismo método, partiendo de los principios que reconocen, porque realmente hay que hacer con ellos las mismas cosas, demostrar y disolver dificultades, porque estos no se distinguen de los enemigos sino únicamente por la disposicion de su espíritu que no es la de hostilizar obstinadamente, sino la de escuchar lo verdadero.

Pero en todo caso, el creyente demuestra, tomando esta palabra en su último rigor: por su parte nada presupone, nada exige que se le admita sin prueba, porque si alguna vez en la polémica ó en el catequismo se da algo por sentado, como sucede respecto de los herejes que admiten las Escrituras, esto no proviene de que el creyente lo exija, sino de que el no creyente por sí mismo lo ha propuesto como un principio en que conviene y que no admite disputa, de manera que en cuanto es por parte del creyente, él está dispuesto á demostrar en todo así es que bien se le puede presentar un hombre que niegue aun la primera de las verdades religiosas, la existencia de Dios, y con tal que este no se resista voluntariamente aun á la mas clara evidencia, lo irá llevando por una serie de demostraciones rigurosamente tales, y por un método rigurosamente lógico, hasta reconocer y confesar que son divinamente reveladas todas las cosas que enseña nuestra Religion.